

REFLEXIÓN
Domingo 2º de Pascua. Ciclo A
16 de abril de 2023

LA MISERICORDIA DEL RESUCITADO

“Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones”. He ahí algunos rasgos que definían a la comunidad de los discípulos del Señor que se encontraba en Jerusalén (Hech 2,42). Escuchar a los apóstoles, celebrar la Eucaristía y mantenerse en la oración, son las notas que se manifiestan además en el gesto de compartir los bienes. Es la memoria y el espíritu de Jesús resucitado lo que mantiene unidos a los hermanos.

Con el salmo 117 damos hoy gracias al Señor porque es bueno y porque su misericordia no tiene fin. Y al mismo tiempo proclamamos que Jesús, desechado por los hombres, ha sido glorificado por el Padre. Él es la piedra angular del nuevo edificio. La primera carta de Pedro nos recuerda que por la resurrección de Jesucristo, el Padre celestial nos ha regenerado para que podamos gozar de una esperanza viva, de una herencia incorruptible y de una salvación que un día se manifestará en su plenitud (1Pe 1,3-9).

LOS TRES DONES

El evangelio presenta dos manifestaciones del Resucitado a sus discípulos, encerrados por miedo a los judíos. En ellas les entrega los dones de la paz y la alegría, los envía a la misión y les concede el privilegio y la responsabilidad de perdonar los pecados (Jn 20,19-31).

- En primer lugar, Jesús les desea la paz. No les reprende por haberle abandonado en la hora en que fue apresado en el Huerto de los Olivos. Aunque parezca mentira, la presentación de las llagas del Señor los llena de una profunda alegría.
- Además, el Maestro, que un día los había elegido para que estuvieran con él y aprendieran sus lecciones, los envía ahora a recorrer los caminos del mundo, como él mismo había sido enviado por su Padre celestial.
- Finalmente, el Señor sopla sobre ellos. Ese gesto evoca la creación del mundo y la misión de los profetas. Ahora el Resucitado les comunica su Espíritu y les hace partícipes de su poder para perdonar los pecados.

NUESTRA CONFESIÓN DE FE

Ante esos tres dones del Señor Resucitado también nosotros hemos de agradecer la misericordia de Dios. Hemos de olvidar nuestro resentimiento y dar el paso que lleva al apóstol Tomás a pronunciar su personal confesión de fe.

- “Señor mío y Dios mío”. Al igual que Tomás, también nosotros reconocemos al que nos ha mostrado sus llagas. Por medio de ellas, Jesús nos demuestra la seriedad de su amor y la gratuidad de su entrega por nosotros y por nuestra salvación.

- “Señor mío y Dios mío”. Como el apóstol Tomás, nosotros adoramos al Señor Y le agradecemos que nos haya proclamado como bienaventurados por haber llegado a creer, a pesar de no haber visto con nuestros ojos al Resucitado.

- “Señor mío y Dios mío”. Imitando la rendición de Tomás, nosotros agradecemos la misericordia del Señor. Él ha perdonado nuestro orgullo, y nos ha hecho mensajeros y ministros de su perdón para todos los que vuelven a él sus ojos.

- Señor Jesús, hoy queremos agradecer esa misericordia con la que vienes a nuestro encuentro. Ayúdanos a vivir con gozo y responsabilidad nuestra vida en esta comunidad, construida sobre la piedra angular de tu entrega. Bendito seas por siempre. Aleluya.

José-Román Flecha Andrés